

En cada ejemplar de la colección
Cara y Cruz
el lector encontrará dos libros distintos
y complementarios

Si quiere leer

El retrato de Dorian Gray

de

Oscar Wilde

empiece por esta,
la sección «Cara» del libro

Si prefiere ahora conocer ensayos
sobre el texto y una cronología,
dele vuelta al libro y empiece por la tapa
opuesta, la sección «Cruz».

El retrato de Dorian Gray

Wilde, Oscar, 1854-1900

El retrato de Dorian Gray / Oscar Wilde ; traductor María Cristina Restrepo.

— Bogotá : © Educactiva, S. A. S., 2019.

320 p. ; 21 cm. — (Colección cara y cruz)

Con : A propósito de Oscar Wilde y su obra / ensayistas Carmen Martín Gaité, María Cristina Restrepo.

ISBN 978-958-00-1339-6

1. Novela inglesa 2. Belleza - Novela I. Wilde, Oscar, 1854-1900 -
Crítica e interpretación II. Martín Gaité, Carmen, 1925- III. Restrepo
López, María Cristina, 1949- , tr. IV. A propósito de Oscar Wilde
y su obra V. Tít. VI. Serie

823.8 cd 19 ed.

AHG3914

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

El retrato de Dorian Gray

© Educactiva, S. A. S., 2010

Carrera 11A N.º 98-50 Ofic. 501. Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
“N/ Norma/ Carvajal” bajo la licencia de Grupo Carvajal (Colombia)

Primera edición, Educativa, S. A. S., 2010

Segunda edición, Educativa, S. A. S., 2019

Editor: Iván Hernández Arbeláez

Diagramación: María Victoria Mora

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

61087854

ISBN: 978-958-00-1339-6



Oscar Wilde

**El retrato de
Dorian Gray**

TRADUCCIÓN DE
María Cristina Restrepo



www.normainfantilyjuvenil.com/co

CONTENIDO

Prefacio	11
Capítulo 1	13
Capítulo 2	29
Capítulo 3	47
Capítulo 4	63
Capítulo 5	81
Capítulo 6	95
Capítulo 7	105
Capítulo 8	119
Capítulo 9	135
Capítulo 10	147
Capítulo 11	157
Capítulo 12	181
Capítulo 13	189
Capítulo 14	197
Capítulo 15	213
Capítulo 16	225
Capítulo 17	237
Capítulo 18	245
Capítulo 19	257
Capítulo 20	269

PREFACIO

El artista es el creador de las cosas bellas. Su fin es revelar el arte y ocultar al artista. El crítico es aquel que puede interpretar de una u otra manera la impresión que tiene de las cosas bellas.

La crítica en su forma más elevada o más baja, es una especie de autobiografía. Aquellos que encuentran significados horribles en las cosas bellas, son corruptos sin ser encantadores. Esto es una falta.

Aquellos que encuentran hermosos significados en las cosas hermosas, son cultos. Para ellos hay esperanza. Son los elegidos para quienes las cosas bellas solo significan belleza.

No existe un libro moral, ni un libro inmoral. Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo.

El desagrado que experimenta el siglo diecinueve hacia el realismo, es la ira de Calibán al contemplar su propio rostro en el espejo.

El desagrado que experimenta el siglo diecinueve hacia el Romanticismo, es la ira de Calibán al no poder contemplar su propio rostro en el espejo. La vida moral de un hombre hace parte de los temas que trata el artista, pero la moralidad del arte está en la perfecta utilización de un medio imperfecto. Ningún artista quiere probar nada. Hasta las cosas ciertas pueden probarse. Ningún artista tiene simpatías éticas. En un artista la simpatía ética es un imperdonable amaneramiento del estilo. Ningún artista es morbosos. El artista puede expresarlo todo. El pensamiento y el lenguaje son para el artista los instrumentos de un arte. El vicio y la virtud son para el artista materiales para el arte. Desde el punto de vista de la forma, el oficio

modelo es el del músico. Desde el punto de vista del sentimiento, el oficio modelo es el del actor. El arte es a la vez superficie y símbolo. Aquellos que van más allá de la superficie, lo hacen corriendo su propio riesgo. Aquellos que leen el símbolo, asumen su peligro. El arte realmente refleja al espectador, no a la vida. La diversidad de opiniones sobre una obra de arte demuestra que el trabajo es nuevo, complejo y vital. Cuando los críticos no están de acuerdo, el artista está de acuerdo consigo mismo. Podemos perdonar que un hombre haga una cosa útil siempre y cuando no la admire. La única excusa para hacer una cosa inútil es admirarla intensamente.

El arte es completamente inútil.

Oscar Wilde

CAPÍTULO 1

En el estudio flotaba un fuerte olor a rosas, y cuando la leve brisa veraniega se agitó entre los árboles del jardín, el pesado aroma de las lilas entró por la puerta junto con el delicado perfume de las rosadas flores del cardo.

Desde la esquina del diván lleno de almohadones persas en el cual se recostaba fumando, como era su costumbre, innumerables cigarrillos, lord Henry Wotton apenas si podía ver el destello de los capullos de un laburno, que olían a miel y que tenían el color de la miel, y cuyas trémulas ramas apenas parecían soportar el peso de su belleza llameante; de cuando en cuando se veían las sombras fantásticas de las aves volando tras las cortinas de seda del inmenso ventanal, produciendo una especie de momentáneo efecto japonés y llevándolo a pensar en aquellos pálidos pintores de Tokio con el rostro de jade quienes, aunque el medio del arte es necesariamente inmóvil, quieren expresar el sentido de la velocidad y el movimiento. El sordo murmullo de las abejas abriéndose paso sobre el amplio césped, o dando vueltas con monótona insistencia alrededor de las flores de alguna madre selva, hacían que la calma pareciera todavía más opresiva. El rumor de Londres era como la larga nota de un lejano órgano.

Sobre un caballete en el centro de la habitación, estaba el retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza y frente al mismo, a cierta distancia, estaba el propio artista, Basil Hallward, cuya repentina desaparición unos años atrás había causado gran

revuelo entre el público y dado pie a toda suerte de extrañas conjeturas.

Mientras el pintor miraba la graciosa y bella forma que había sabido reflejar tan bien en su arte, una sonrisa de placer le cruzó el rostro y pareció que iba a detenerse allí. Pero de repente se estremeció y cerrando los ojos, puso sus dedos sobre los párpados como si quisiera aprisionar en el cerebro algún curioso sueño del que temiera despertar.

—Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho jamás —dijo lord Henry lánguidamente—. En verdad debes enviarlo el año entrante a Grosvenor. La Academia es demasiado grande y vulgar. Siempre que voy encuentro tanta gente que no puedo ver los cuadros, lo cual es horrible, o tantos cuadros que no puedo ver a la gente, lo cual es peor. Realmente el único lugar es Grosvenor.

—No creo que vaya a mandarlo a ninguna parte —respondió el pintor, echando la cabeza hacia atrás con ese gesto peculiar que hacía que sus amigos en Oxford se rieran de él—. No, no lo mandaré a ninguna parte.

Lord Henry alzó las cejas y lo miró asombrado por entre las delgadas volutas de humo que subían del cigarrillo mezclado con opio, formando espirales caprichosos.

—¿Dices que no piensas enviarlo a ninguna parte? Mi querido amigo, ¿por qué? ¿Tienes alguna razón para no hacerlo? ¡Ustedes los pintores son personas bien raras! Hacen cualquier cosa para alcanzar la fama. Y en cuanto la alcanzan, parecen querer botarla. Es bastante estúpido, porque en el mundo solo hay una cosa peor que dar de qué hablar, y es no dar de qué hablar. Este retrato te pondría por encima de todos los jóvenes de Inglaterra y los viejos se sentirían celosos, si es que los viejos están en capacidad de sentir alguna emoción.

—Sé que te vas a reír de mí —replicó—, pero realmente no puedo exhibirlo. Dejé demasiado de mí mismo en ese cuadro.

Lord Henry se estiró en el diván y rio.

—Sí, sabía que te reirías. Pero es cierto.

—¡Mucho de ti mismo! Te aseguro, Basil, que ignoraba que fueras tan vanidoso; y realmente no encuentro ningún parecido entre tu rostro tosco y fuerte, tu pelo negro, y este joven Adonis que parece hecho de marfil y de pétalos de rosa. Vaya, mi querido Basil, él es Narciso y tu... bueno, claro que tienes una expresión inteligente y demás. Pero la belleza, la verdadera belleza, termina donde comienza la expresión inteligente. La inteligencia es en sí misma una exageración, y destruye la armonía de cualquier rostro. En el momento en que uno se pone a pensar se vuelve todo nariz, o todo frente, o algo horrible. Mira a los hombres exitosos en cualquiera de las profesiones. ¡Son perfectamente horribles! Exceptuando, por supuesto, a la iglesia. Pero es que en la iglesia no piensan. Un obispo sigue diciendo a los ochenta años lo que le dijeron que dijera cuando era un muchacho de dieciocho, y como consecuencia natural, tiene siempre una apariencia deliciosa. Tu misterioso y joven amigo, cuyo nombre no me has dicho pero cuyo retrato realmente me fascina, nunca piensa. Estoy completamente seguro. Es una hermosa y estúpida criatura que debería estar aquí en el invierno cuando no hay flores para contemplar, y en el verano cuando necesitamos algo para refrescar nuestra inteligencia. No te halagues, Basil; no te pareces a él en absoluto.

—Tú no me entiendes, Harry —respondió el artista—. Por supuesto que no me parezco a él. Lo sé perfectamente bien. En realidad, me sentiría triste si lo hiciera. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Hay una suerte de fatalidad en los que se destacan física o intelectualmente, una especie de fatalidad que

parece llevar a través de la historia los pasos tambaleantes de los reyes. Es mejor no distinguirse de los demás. Los feos y los tontos tienen lo mejor de este mundo. Pueden sentarse cómodamente a ver la comedia. Si bien es cierto que nada conocen de la victoria, por lo menos se libran de conocer la derrota. Viven como deberíamos vivir todos, imperturbables, indiferentes, sin una inquietud. No causan la ruina de nadie, ni la reciben jamás de otras manos. Tu rango y tu riqueza, Harry; mi cerebro, mi arte, valga lo que valga; la belleza de Dorian Gray. Todos sufriremos por los dones que los dioses nos han concedido, sufriremos terriblemente.

—¿Dorian Gray? ¿Ese es el nombre? —preguntó lord Henry, atravesando el estudio en dirección a Basil Hallward.

—Sí, ese es el nombre. No pensaba decírtelo.

—¿Por qué no?

—Oh, no lo podría explicar. Cuando alguien me gusta mucho, no le digo su nombre a nadie. Es como entregar una parte suya. Me he acostumbrado a amar los secretos. Parecen ser lo único que hace que la vida sea misteriosa o maravillosa. La cosa más simple es deliciosa si uno la oculta. Cuando salgo de la ciudad no le digo a nadie a dónde voy. Si lo hiciera, echaría a perder el placer. Es una costumbre algo tonta, pero de alguna manera le da algo de romance a la vida. ¿Te parezco terriblemente estúpido?

—En absoluto —respondió lord Henry—, en absoluto, mi querido Basil. Pareces olvidar que soy un hombre casado, y que el único encanto del matrimonio es hacer que una vida llena de engaños sea absolutamente necesaria para ambas partes. Nunca sé dónde está mi mujer, y ella nunca sabe qué estoy haciendo. Cuando nos encontramos, porque lo hacemos ocasionalmente, cuando salimos a cenar juntos o cuando vamos a visitar al duque, nos contamos las historias más absurdas con la cara más seria. Mi esposa lo hace